

CAPÍTULO I

Memorias del conde Eligio

1

El lomo de su regia espalda era un sensual y carnal violín que me invitaba a tocarlo. Me había pasado toda la tarde afinándolo para poder sacar de él las mejores notas. El día anterior ordené cambiar las sábanas de algodón de mi cama por otras de seda recién llegadas de las Indias Orientales. Aquella valiosa tela se acababa donde empezaba su espalda, su delicada espalda de Stradivarius. Sin embargo, para mí no era suficiente. Resultaba de lo más sensual, sí, pero en ese momento me estorbaba, así que retiré el delicado paño que la cubría de cintura para abajo y pude al fin contemplar a Carolina totalmente desnuda. Estaba vuelta hacia la ventana, por la que se veía el atardecer en la bahía, con el Vesubio en un extremo, recordatorio indeleble de la fragilidad de la vida y del placer, como bien experimentaron los pompeyanos tiempo atrás.

Los dos lo sabíamos. Ésa sería nuestra despedida. A la mañana siguiente, partiría en un bergantín con destino a España y me alejaría para siempre de aquella muchacha de diecisiete años que había encontrado en mí el amante que era incapaz de hallar en su esposo. Ella decía que él era muy feo. Él, que ella en la cama dormía como un muerto y sudaba como una cerda. Conmigo, en cambio, no había podido pegar ojo, y desde luego yo consideraba de lo más excitante su piel sudorosa sobre la mía, igual de empapada, mientras penetraba en su interior y nuestros cuerpos se fundían en uno. Pobre Fernando, lo que se estaba perdiendo.

Acaricié con mi dedo índice su espalda, instantes antes perlada de sudor, y fui bajando hasta su apetitoso trasero, forrado con esa piel de melocotón que incitaba a hincar el diente. Estimulada por mis cosquillas, Carolina se volvió y me regaló la generosa panorámica de sus pechos desnudos, su vientre pálido y su concha tímida, oculta tras su vello rizado. Trató de sonreírme, pero por sus mejillas caía una delicada lágrima.

—¿Cómo puedo remediar vuestra aflicción, Majestad?

—Tocad para mí, Eligio, hacedme olvidar esta tortura que supone perderos y volver al lecho de mi insulso marido.

La besé con ternura y salí de la cama. Estaba completamente desnudo y la ventana estaba abierta, pero la temperatura era agradable en aquel atardecer napolitano, así que decidí no cubrirme y seguir disfrutando del maravilloso espectáculo de los cuerpos al natural, sin los artificios tejidos por el pudor de los hombres que tanto nos aleja del Edén que Dios creó para nosotros. Un paraíso del que, severo y cruel, nos expulsó por hacer lo que llevo treinta y seis años haciendo: caer en la tentación. Cogí mi violín, ajusté las clavijas para extraer el mejor sonido y me dejé llevar por la melancolía que impregnaba aquel último encuentro, dando vida a una triste melodía que parecía hacer llorar al indiscreto Vesubio.

María Carolina de Austria era la esposa de don Fernando de Borbón, rey de Nápoles y Sicilia, que a su vez era hijo del rey Carlos III de España. Desde Madrid, el monarca ibérico se preocupó de buscar una mujer apropiada a su vástago. La elegida fue la hija de los emperadores de Austria, la cual viajó a Italia en contra de su voluntad para desposarse con un hombre al que desde el principio encontró tedioso, y con el que fue lo más fría que pudo en el dormitorio, todo lo contrario que conmigo, su apuesto conde viudo.

Don Fernando también detestaba a aquella dama, pero su honor de rey le impedía aceptar que le fuera infiel, y menos

que eso generara rumores cuando nacieran sus primeros hijos; rumores de que él no era el padre. Por eso decidió darme un riguroso ultimátum y ponerme camino a España con una carta para su padre en la que pedía que me entretuviera como gustase, pero que me mantuviera lejos de Nápoles.

No tocaba ninguna melodía aprendida, sino que improvisaba mientras deslizaba el arco sobre las cuerdas de mi violín cremonés. Lo hacía con los ojos cerrados, dejándome llevar por la música, hasta que decidí abrirlos y contemplar el cuerpo desnudo de la reina de Nápoles y Sicilia, tendido sobre mi cama. Me entregué entonces al deseo y, sin parar de dar vida a nuevas melodías que hasta entonces sólo residían en mi mente, me recreé con el cuadro que contemplaba mientras mi miembro ganaba más y más vigor, hasta acabar totalmente erecto. Carolina no fue ajena a mi excitación, que compartía, y optó por levantarse y acercarse hasta mi posición. Ya no parecía triste, sino que esgrimía una sonrisa traviesa. Al quedar a un paso de mí, me agarró la verga con las dos manos y tiró con decisión, obligándome a avanzar hasta que nuestros cuerpos se juntaron. Con una expresión mimosa, alzó la vista hacia mí, mostrando toda su sensualidad.

—Cambiad de instrumento, os lo ruego —me pidió con lascivia.

La invité a levantarse y dejé el violín sobre la cama. Abracé con fuerza a la joven mientras la besaba con angustia, la angustia de la partida. Tras jugar con nuestras lenguas como si fueran dos delfines bailando en las aguas del mar, Carolina decidió retirar sus labios para mordisquearme la oreja, lo cual hizo que me estremeciera de placer, sobre todo cuando sacó su lengua indomable y recorrió con ella cada milímetro de mi pabellón auditivo. Iba a estallar de placer, mi cuerpo me pedía empujarla sobre la cama y penetrarla frenéticamente hasta que no pudiera más, pero me obligué a sosegar mi ímpetu y como

un perro de presa me lancé sobre su cuello, besándolo con delectación en tanto mi mano bajaba inapropiadamente hasta su sexo, donde las caricias fueron la plegaria necesaria para que una fina lluvia de deseo humedeciera aquel cráter y diera vía libre a mis enfermizas pasiones. Introduje varios dedos en su vagina, regodeándome con los gemidos de placer que se escapaban por la boca de la reina. A merced de su hedonismo, había retirado su boca de mi oreja y yo aproveché para volver a besarla e introducir una vez más mi lengua por entre aquellos preciosos dientes que mostraba entre gemido y gemido. Me abrazó, yo me aferré a su espalda con la mano que tenía libre mientras retiraba la otra de su sexo y la llevaba hasta el pompis, apretando con fuerza su glúteo. Salí de su boca con un delicado ósculo en los labios que repetí a continuación en su mentón, antes de agacharme despacio con una sucesión de besos que terminaron en sus pechos.

Durante una eternidad me perdí en aquel mar de voluptuosidad, entre besos, lametones y mordiscos. Como un bebé hambriento, me aferré a sus pezones al tiempo que me ayudaba de las manos para estimular aún más una zona tan erótica en la mujer. A veces eran delicadas las caricias; otras, salvajes. Apretaba con fuerza aquellos pechos turgentes, queriendo apropiarme con impaciencia de toda su sensualidad, luego me imponía calma y delicadeza, pero de nuevo mi deseo se descontrolaba y me entregaba a mis más bajos instintos, hasta que al fin abandoné aquellas cumbres de perdición y devoré su abdomen antes de llegar al pozo de los deseos, fuente de vida y de placer.

Inmerso en mi lúbrica tarea, pensé en los chamanes de las tribus salvajes que se beben el alma de sus víctimas en sus rituales y consideré que no era tan distinto de lo que yo hacía en ese momento, pues con mi boca en el clítoris de la reina no hacía sino saciar mi sed con su esencia femenina.

Entonces la obligué a dar la vuelta e hincé el diente en su trasero. Carolina dio un leve respingo y soltó una exclamación que se convirtió en gritito cuando respondí con un azote en la otra nalga. Rio, pero yo estaba muy excitado para distraerme en sonrisas, me alcé y la conminé a inclinarse hacia delante para poder penetrarla desde atrás. Gimió, repetí la penetración tres veces más, y luego ella se volvió para que la montara por delante. Se abrió de piernas y yo la levanté por los muslos. Copulamos con frenesí, mis fuerzas se concentraron en los genitales y noté cómo se me aflojaban las piernas, así que nos dejamos caer sobre el jergón. Casi aterrizamos sobre mi pobre violín, aunque por fortuna no lo destrozamos. De nuevo sobre las sábanas de seda, copulamos con un apetito voraz. Con sus piernas y brazos, Su Majestad se aferró a mí como una pinza, mientras no dejaba de besarme en la cara. Sería nuestra última vez, por eso tenía miedo de soltarme, de que cuando lo hiciera me marchara para siempre y no volviera a verme, de su vida en Nápoles sin mí, junto a un marido al que no soportaba. Cuando llegué al clímax, alimentado por sus continuos gritos y jadeos, traté de separarme para no irme dentro de ella, pero su tenaza era tan fuerte que sólo por un segundo pude lograrlo, derramando mi semilla sobre su bajo vientre y el pubis.

Me convulsioné como una res al ser desangrada en el matadero y luego me desplomé sobre Carolina, totalmente satisfecho. Habíamos hecho el amor con pasión y fuerza, pero sobre todo, con mucha tristeza. Todo el acto había tenido un sabor trágico en lugar de alegre, pero aquello nos había permitido disfrutarlo de otra manera, apreciando mucho más cada instante y exprimiendo hasta la última gota de vida. Ahora, yacíamos agotados, sudorosos y ahogados.

Carolina se inclinó hacia mí una vez que yo logré quitarme de encima. El sol casi se había ocultado tras el mar y el

cielo azul cada vez estaba más oscuro, lo que sumía la estancia en la penumbra. A pesar de ello, aún se veía lo suficiente para distinguir las curvas desnudas de la joven, que declinaba cubrirse con la sábana a pesar de que empezaba a refrescar. Mientras me escudriñaba con la mirada y observaba, lasciva, cómo mi miembro iba perdiendo gradualmente vigor, juguetaba con su vello y se acariciaba el pubis con la mano, extendiendo mi semen por su piel.

—Prometedme que jamás fornicaréis con otra reina como lo hacéis conmigo, ni en España ni en ningún sitio.

—Tenéis mi palabra, aunque hiciera el amor con mil majestades, nunca sería lo mismo que yacer con mi dulce reina napolitana, la que llegó desde Viena para saciar mi sed.

—Mi adorable conde viudo. Os amo, Eligio.

—Y yo a vos, Majestad, a mi manera.

Me levanté, coloqué el violín en un lugar más seguro, cerré la ventana al frío de la noche y encendí todos los candelabros de la alcoba. Todavía debíamos pasar la noche juntos, y teníamos que hacerlo a la luz de las velas, lejos de la oscuridad, para grabar en nuestra memoria por siempre nuestros rostros y nuestros cuerpos, que tal vez nunca volvieran a fundirse. Esa noche hicimos el amor una y otra vez, hasta que el alba nos obligó a separarnos.

2

Nunca antes había navegado, así que nunca antes me había enfrentado a una tormenta en alta mar.

Nos encontrábamos cerca de las costas de Menorca, camino de Valencia, donde tenía previsto su atraque el *Mare de Déu de la Mercè*, un veloz bergantín que, sin embargo, parecía bastante frágil ante la furia de los vientos y del Mediterráneo.

Cuando nuestro capitán vio lo que se estaba gestando en el cielo, trató de apretar la marcha para refugiarnos en Mahón antes de que éste estallara, pero fue imposible, y una vez descartada la aproximación a tierra por el riesgo de que la tempestad nos hiciera encallar o nos empujara contra las rocas, sólo nos quedó capear el temporal y rezar por que todo terminara bien.

En la nave había miedo, aunque los marinos eran auténticos maestros de su oficio y sabían acallar el temor y mantenerse atentos en todo momento para salvaguardar la nave y nuestras vidas. Sin embargo yo, que como decía nunca antes había estado embarcado, sentía auténtico terror ante lo que Neptuno y Eolo pudieran decidir para nosotros. Tan sólo unos días antes, avanzaba despreocupado en mi carruaje por los caminos que me llevaban desde mi villa de la colina Quisisana, en Castellammare di Stabia, hasta el puerto de Nápoles, sazonados de algunos pinos y árboles frutales. Ahora recordaba aquel bucólico paisaje con nostalgia, mientras oía crujir las maderas del navío y sentía el rugir de las olas y el gemir del viento en el exterior.

En verdad, esa inmersión en mi memoria me hizo bien, de modo que decidí continuar buceando en mis recuerdos para distraer mi mente en tanto se decidía el destino del barco.

Gran parte de mi juventud la viví en una ciudad precisamente marinera, Venecia, aunque yo nunca monté en nada más grande que una góndola. En la capital de la Serenísima República conocí a la que más tarde sería mi esposa, Claudia. Claudia era una apuesta condesa casada anteriormente con el adinerado comerciante Francesco Veniero. Por aquel entonces yo no era más que uno de sus músicos de cámara, pero su atractivo me hacía desearla cada noche. La condesa era doce años mayor que yo. Sin embargo, su voluptuosidad se había acentuado con la madurez, lo que la hacía tremendamente

apetecible para un imberbe violinista como yo, que por aquella época aún no había perdido la virginidad. A mis dieciocho años, no conocía mujer y mi propia inexperiencia me provocaba una timidez que me alejaba de cualquier romance o conquista galante que mis dotes de músico pudieran darme. Por suerte para mí, Claudia estaba atrapada en un matrimonio sin amor con un hombre que la duplicaba con bastante holgura la edad, y anhelaba sentir el contacto carnal con un cuerpo joven y apasionado.

La dama acabó fijándose en mí. Compadecida de mi situación, quiso abrirme las puertas de la seducción y se excitó edípicamente al verse como la mujer madura destinada a desflorar a un pobre chiquillo asustado. Así fue como me eligió por amante y decidió que ella sería la primera hembra con la que yaciera.

Era un día tormentoso del mes de octubre. El señor Veniero disfrutaba de la ópera en el teatro *San Giovanni Grisotomo* junto a las familias más importantes de Venecia, pero su bella esposa no había podido acompañarlo por sentirse indispuesta. Para hacer más llevadero su malestar y compartir con ella el disfrute de la música, decidió que un violinista la acompañara en su cámara y armonizara con sus notas el momento.

Ese violinista fui yo.

Tras interpretar para ella varias piezas, la señora me ordenó que parara y me pidió que dejara violín y arco sobre su lujoso tocador de estilo oriental con incrustaciones de nácar.

—Basta por ahora de música, Eligio. Me siento algo mareada por el ritmo de vuestras notas y el calor de esta estancia —dada su indisposición, la chimenea del aposento crepitaba con mayor intensidad para evitar que la dama cogiera frío y pudiera sufrir de calenturas y fiebres—. Servidme una copa de *recioto*, a ver si así me entono —cumplí con diligencia su encargo, tomando una licorera rellena con vino dulce veronés y

sirviéndolo sobre una delicada y pequeña copa de cristal de Murano que guardaba en una vieja alacena—. Sírvase también vuestra merced, os lo ruego, y sentaos junto a mí, platicad conmigo para consolarme.

Temblaba como el potro que se pone en pie por primera vez tras haber nacido. Por un lado, era del todo inapropiado que me sentara a beber junto a mi señora en su lecho. Por otro, me sentía realmente atraído por ella, y aquello no hacía más que violentar la situación. Tratando de mantener la copa bien sujeta sin que bailara por mis nervios, fui dando pequeños sorbitos al vino de la misma manera que hacía doña Claudia, aunque ella los daba con mayor alegría. Quería desinhibirse, y necesitaba el *recioto* para ello. Al acabar su trago, me conminó a hacer lo mismo, tomó las dos copas y las dejó sobre su mesilla, después de lo cual se acercó aún más a mí.

—Sois tan tímido —me susurró—. Apuesto a que nunca habéis estado con una mujer.

Me puse pálido por la vergüenza. Ella sonrió, satisfecha.

—Decidme, ¿os parezco bella? —se abrió la bata con la que se cubría, dejando ante mi vista su camisón de seda blanca, por el que se dibujaban sus sugerentes curvas—. ¿Creéis que aún me mantengo atractiva?

—Po... por Dios, señora, habláis como si no, como si ya no fuerais joven. Sois muy hermosa, y vuestros... ¿treinta años?, os hacen más apetitosa, rebosante de pasión y experiencia, más cuajada, si me lo permitís, que una doncella de quince. Pe... pero por Dios, no son éstas cosas que deba hablar un criado con su ama —mi tartamudez ocasional sólo fue un reflejo de la angustia con la que se aturullaron mis calculadas palabras.

—Os adoro, Eligio, tan educado y tímido. Sois inseguro y tierno, no hay mujer que no desee cuidaros y protegeros como a un hijo, pero a la vez tenéis un encanto carnal que lleva a pensamientos impuros y a desear exprimir ese potencial amoroso